

Dice la leyenda que, cuando un matrimonio tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo se convierte en lobisón al llegar a la juventud. El lobisón es un animal mezcla de perro y de cerdo, y algunos paisanos le dicen *yaguá-hú*, que significa “perro negro” en guaraní. Dicen que esta transformación tiene lugar los martes y viernes de luna llena, a la medianoche, y que entonces el lobisón sale a los cementerios y a los gallineros, para comer restos y excrementos. Dicen que suele atacar a las personas y que solo es posible matarlo con una bala de plata. Claro que también se cuenta que hay maneras de salvar al recién nacido de esa maldición. ¿Será cierto? Vean esta historia que se relata en los pagos de Corrientes...

LOBISÓN

Ñ^a Casiana tenía seis hijos varones y el séptimo, encargado.

— Tenés que ser mujer — ordenaba ña Casiana acariciándose la panza. Miraba alto y musitaba² a las estrellas — : Dios mío... que sea mujer.

El día en que la comadrona³ entró al rancho para asistirle en el parto, el hombre rezaba con los otros hijos. La comadrona misma murmuraba entre dientes:

— Padrecito que estás en los cielos, hacé que sea mujer.

Y cuando se oyó el llanto de la criatura, los que esperaban en la cocina se persignaron.

Casi enseguida sonó el grito de la madre. Y una mariposa negra huyó por la ventana.

¹ Forma abreviada de “señora” o “doña”, que se antepone al nombre de una mujer.

² Susurraba.

³ Partera.

Esa misma tarde salió el padre de aquel rancho maldecido con otro hijo varón. El séptimo. Llevaba en brazos al recién nacido. Iba a la iglesia de Pago Alegre, el pueblo más cercano, a que se lo bautizaran. Le pusieron el nombre de Benito. Era el que había que ponerle para quebrar el maleficio.

También había que bautizarlo en seis iglesias más, de seis pueblos distintos: siete en total. Eso lo sabía de sobra el padre, pero el gurí⁴ era apenas nacido y la maldición recién se cumpliría cuando llegara a mozo.

—Hay tiempo —dijo el padre—. Hay tiempo todavía.

Y le entregó el hijo a la madre. El Benito enseguida se prendió a la teta como lo hubiera hecho un gurisito cualquiera.

• • •

Las distancias son largas en Corrientes. Los pueblos quedan apartados. Y había seis hermanos más para atender. Y había también pobreza y un solo caballo.

⁴ Niño.

Pero los padres no olvidaban la gravedad del caso. Tampoco era muy fácil de olvidar, viendo que el Benito crecía flacucho, enfermizo y con más de una costumbre rara. Como esa de no querer probar la carne. Como esa de pasársela escarbando en el potrero y volver con las uñas renegridas. Uñas largas y duras que ña Casiana cortaba por las noches y a la mañana estaban largas otra vez. Y curvas.

• • •

Recién para su quinto cumpleaños lo llevaron a su segundo bautismo en la iglesia de Pago Arias. A los ocho, lo bautizaron en Loma Alta, la tercera iglesia. A los once, en Pago de los Deseos, la cuarta. A los trece, en la iglesia de Saladas, la quinta. Saladas era casi una ciudad por aquel tiempo. Y en la casi ciudad hicieron noche⁵. Al otro día, el padre lo llevó a la sexta iglesia en Colonia Cabral.

Solo faltaba una y todavía había tiempo, aunque ya no tanto. El padre aún era joven, aunque menos, y el caballo era el mismo.

• • •

⁵ Pasaron la noche, se quedaron a dormir.

Cuando el Benito estaba al cumplir los quince, ya no escarbaba potreros ni rechazaba la carne ni le crecían las uñas de aquella rara manera. Seguramente los bautismos estaban alejando la profecía. Fue entonces cuando intentaron ir hacia el norte, hasta Mburucuyá. Querían que el último bautismo fuera en una iglesia grande, con una bendición importante. Desde aquel malnacimiento, el padre guardaba en el pecho un largo sapucay⁶ para gritarlo el día en que se quebrara la maldición.

Esta vez los acompañó el Florián, el hermano mayor. Había cumplido veintidós y montaba un tordillo que le prestaron.

Y allá iban los tres, camino a Mburucuyá. El padre, en el zaino; los hijos, en el tordillo.

Cruzaron montes de talas espinosos, vadearon lagunas de juncos tupidos, rodearon plantaciones de tabaco. Y siguieron andando.

Cada tanto veían algún carpincho que se metía en su madriguera. Iban atentos porque estas cuevas son peligrosas si el caballo llega a hundir la pata ahí.

Sin embargo, resultó que, bordeando los este-

⁶ Palabra de origen guaraní, que designa al grito de alegría o triunfo.

ros de Santa Lucía, el zaino viejo del padre metió la pata nomás en una vizcachera. Y cayó de rodillas el caballo, con una quebradura. El padre también tuvo una mala caída. Y ahí nomás quedó, de cara al cielo, con los ojos abiertos y el espinazo roto. Y se llevó a la muerte el sapucay.

• • •

El Benito y el Florián fueron barridos por semejante desgracia. Deshechos. Y tuvieron que sepultarlo ahí mismo.

El Florián miraba alrededor buscando con qué abrir la sepultura, cuando ve que el Benito empieza a usar las uñas. Las que desde tanto tiempo atrás no usaba. Y se quedó mirándolo con el alma encogida.

Cuando el Benito acabó el pozo, entre los dos bajaron el cadáver y, otra vez con las uñas, el Benito lo cubrió.

Todavía les faltaba despenar⁷ de un tiro al caballo, que tampoco tenía salvación. Pero esa noche les faltó coraje.

⁷ Matar a un animal moribundo, para ahorrarle sufrimientos.

Ya habían llorado hasta quedarse secos. Y se durmieron, uno junto al otro y al sereno⁸, en el vaho húmedo de los esteros. Con el sueño pesado del que ha llorado mucho. Bajo la luna redonda como un plato. Y era viernes.

• • •

Apenitas estaba amaneciendo. El Florián creyó ser el primero en despertarse. Alargó el brazo para tocar al Benito, pero solo tocó la manta sobre la que había dormido. Se incorporó de un salto y lo buscó a la luz que apenas se insinuaba, pero no lo divisó.

Entonces fue hasta donde había quedado el zaino. El animal no se movía. Tendido de costado, sobre la pata rota.

Florián se fue agachando, le acarició la cabeza a la luz imprecisa del amanecer y, en la misma caricia, bajó la mano hasta el cuello.

Sus dedos se sobresaltaron al tocar algo pringoso⁹ y tibio todavía. Se puso en cuclillas y, sin ver

⁸ A la intemperie.

⁹ Grasoso, pegajoso.

bien, tanteó mejor. Tocó una herida honda. Tocó otra. Tocó la yugular que no latía. Alguna fiera nocturna le había clavado los colmillos.

En eso oye unos pasos arrastrados. Levanta la vista y lo ve al Benito. Parado ahí. Greñudo¹⁰, ausente.

— ¿De ande venís? — le dijo y le señaló el caballo.

El Benito se tapó la cara con sus dedos de uñas largas, curvas, sucias. Al instante, corría monte adentro. Cuando Florián reaccionó y fue tras él, tardó muy poco en perderle el rastro.

• • •

El Florián volvió, montó el tordillo y anduvo en busca del Benito por varios días, pero no lo encontró. Una sospecha horrible le comía los sesos.

Finalmente, volvió al rancho con las tres noticias: la muerte del padre, la muerte del zaino y la huida del Benito tras aquel viernes de luna llena.

Noticia tras noticia, la madre y los hermanos iban cayendo como árboles bajo el hacha. Con apenas un hilo de voz, ña Casiana pudo decir:

¹⁰ Con los cabellos revueltos.

— ¿Alcanzaron al séptimo bautismo?

— No —respondió el Florián.

Y salió a buscar botellas. Las trajo. También traía una maza. Puso las botellas sobre una bolsa de arpillera. Las fue rompiendo a mazazos. Los vidrios, al quebrarse, sonaban a desesperación. Los otros hermanos trajeron carbones y maderas y hojas secas para encender un fuego y atizarlo, llegando el caso. Acaso fueran a necesitar brasas, muchas. No sabían si el Benito seguiría siendo el Benito. Bajo qué aspecto volvería a la casa, si es que volvía. Temían que no tuviera forma humana.

Ahora había que esperar, como mínimo, hasta un martes. Hasta el próximo martes de luna llena.

Pero no fue tan largo el esperar. El domingo a la tardecita, el Benito apareció. Lo traían en ancas¹¹ unos paisanos. Venía más flaco, consumido, enfermo.

Ña Casiana lo abrazó llorando y le sirvió un plato del guiso del mediodía. Pero el Benito se negó a probarlo. Otra vez rechazaba la carne, como cuando era chico. Y ña Casiana ahogó un quejido.

El Benito no habló, no contó nada y al otro día volvió a escarbar en los potreros durante horas. Solo.

¹¹ Sobre la parte posterior de la montura.



A la velocidad con que corren las voces en los pueblos, por todo Pago Alegre se comentaba el caso.

El Benito se volvió sospechoso de haberse convertido en lobisón.

Quien más quien menos se las arregló para tener un crucifijo a mano. Botellas rotas. Tizones encendidos.

Sabían que, cuando un lobisón vuelve a su forma humana, no quiere que se sepa su secreto. Por eso huye de los vidrios y de las quemaduras que le podrían dejar marcas.

Así que los vecinos estaban preparados. Quien más quien menos oía por las noches mugir a las vacas. Eso que solo pasa cuando un lobisón las ronda para beberles la leche.

Quien más quien menos encontraba cada tanto el patio limpio de suciedades de gallina. Eso que solo pasa cuando un lobisón anda en la noche lamiendo lo que solo un lobisón considera un alimento exquisito.

• • •

Una noche muy negra, se metió al rancho de Don Nicosia un perro más negro que la noche mis-

ma. Era casi tan alto como un potrillo. Don Nicosia, que estaba prevenido, le salió al cruce al grito de:

— ¡Yaguá-hú!

Pero el perro olisqueó un hueso y se volvió, mansito, por donde había venido. Con eso, don Nicosia supo que no era lobisón, que era perro negro nomás. Y no le disparó la bala de plata que tenía en el cargador de su escopeta.

Cuando contó el incidente en el boliche, todo el pueblo estuvo al tanto de que don Nicosia tenía una de esas balas. Las únicas capaces de atravesar la piel de un lobisón y darle muerte.

• • •

Cerca de veinte días habían pasado desde el regreso del Benito al rancho. Un miércoles, la luna se volvió a llenar. Los seis hermanos la miraron con recelo, y ña Casiana también.

Miércoles no es martes ni tampoco viernes. Pero la luna iba a seguir llena durante ocho días. Y eso era de temer.

La familia se turnó para vigilar el sueño del Benito, pero la distracción de un minuto alcanzó. El séptimo varón se echó al monte, no sin antes re-

Y al desdichado lobisón, que había iniciado el salto, se lo vio ahí, en el aire, recuperar su forma humana, a medida que una bala de plata le iba atravesando el corazón.

Tras los naranjos, don Nicosia bajó el cañón de su escopeta. Humeaba.

LA TELESITA